

El Espíritu Santo y la santa comunión

Primero les tuvo que arder el corazón.



HUGO ESTRADA

Todo el rito de la Eucaristía está orientado a la Comunión, el momento de mayor intimidad con Jesús, al recibir su Cuerpo y su Sangre. El Evangelio recuerda el caso de una mujer que sufría de hemorragias; había gastado su dinero en médicos sin ningún resultado. Al fin

decidió que se acercaría a Jesús para tocar por lo menos su manto. Aquella mujer quedó sanada instantáneamente (Mc 5,27). En la comunión, nosotros no vamos a tocar un pedazo de trapo, el manto de Jesús; vamos a tocar su Cuerpo mismo. Lo importante del caso es que “nos dejemos tocar” por Jesús. Alrededor del Señor había muchos que

deseaban ser sanados; pero, en aquella oportunidad, sólo la mujer de las hemorragias quedó sanada. Los demás apretujaron al Señor, pero no se dejaron tocar por Jesús. Es posible que nosotros recibamos el Cuerpo de Cristo, pero que por falta de fe no seamos tocado por el Señor.

Antes de que los discípulos de Emaús descubrieran a Jesús resucitado, cuando les partió el pan, primero les tuvo que “arder el corazón”, es decir, el Espíritu Santo tuvo que llenarlos de fe. Lo mismo debe sucedernos a nosotros. No hay verdadera comunión con el Cuerpo y la Sangre del Señor, si el Espíritu Santo antes no nos hace “arder el corazón”, si no nos llena de la fe necesaria para poder ser tocados por Jesús. Sin la intervención del Espíritu Santo no puede haber ni “consagración” ni “comunión”.

Aplastar la serpiente

Jesús dijo: “El que come mi Cuerpo y bebe mi sangre tiene vida eterna” (Jn 6.54). La “vida eterna”, en el evangelio de san Juan, significa “la vida de Dios”, la vida “en el Espíritu Santo”. La vida eterna para nosotros no comienza al morir, sino ahora, cuando nos dejamos tocar por Jesús y somos conducidos por su Espíritu Santo.

La Virgen María fue llenada del Espíritu Santo; por eso está simbolizada en la mujer vestida de sol que puede poner su pie sobre la cabeza de la serpiente, imagen del diablo (Apoc 1). La Virgen María pisotea la serpiente, no por su propio poder, sino por el poder de Jesús que nos llena del Espíritu Santo. Razón tenía Santo Tomás de Aquino al afirmar que, cuando comulgamos, “somos leones que soplan fuego”. El diablo es presentado por San Pedro

Al Espíritu Santo lo
llamamos el Dador de vida.



como “un león rugiente que anda rondando viendo a quien devorar” (1 Ped 5,8); pero cuando nosotros comulgamos somos leones que soplamos el fuego del Espíritu Santo, que vence el poder del león rugiente.

Cuando los primeros discípulos regresaron de su misión evangelizadora, le dijeron a Jesús: “Hasta los demonios nos obedecen en tu nombre” (Lc 10,17). El Señor les dijo que no debían extrañarse de eso, pues él les había dado poder para caminar sobre serpientes y escorpiones (Lc 10,19) Por medio de la santa Comunión, quedamos llenos de Jesús, de su Espíritu Santo y quedamos habilitados para ponerle el pie a la serpiente antigua, al diablo, que busca apartarnos de Dios.

La nueva Arca de la Alianza

La Virgen María, al engendrar en su seno a Jesús, se convirtió en el Arca de la Nueva Alianza. El Arca de la Alianza, en el Antiguo Testamento, guardaba los símbolos más sagrados del pueblo judío: Las Tablas de la Ley, un poco de maná, la vara de Aarón. La Virgen María no contuvo, simplemente, un símbolo, sino la misma divinidad: Jesús, que era Dios y hombre. Al recibir la santa Comunión, no recibimos un símbolo de Jesús: recibimos la divinidad, a Jesús mismo. Nos convertimos también en Arca santa. Llevamos dentro de nosotros, no los mandamientos de Dios en tablas, sino los mandamientos grabados en el corazón por el Espíritu Santo.

Por medio del profeta Ezequiel, Dios nos reveló que el Espíritu Santo graba los mandamientos de la Ley de

Dios dentro de nuestro corazón para que los cumplamos, no por obligación, sino por amor. También llevamos dentro de nosotros el maná del nuevo Testamento: la Santa Comunión. Jesús mismo dijo que era el Pan bajado del cielo (Jn 6,51) Además, dentro de nosotros, llevamos la vara de Aarón, que fue el jefe de los sacerdotes. La señal de Dios para nosotros, cuando recibimos la santa comunión, son los dones del Espíritu Santo, que se acrecientan y renuevan en nosotros, al recibir a Jesús en la Hostia consagrada. Todo esto no es una bonita teoría, sino una realidad que debemos descubrir y vivir cada vez que comulgamos.

Vayan en paz

Los discípulos de Emaús descubrieron a Jesús resucitado cuando el Señor les partió el pan. Inmediatamente Jesús desapareció. En ese momento los discípulos de Emaús sintieron la urgencia de ir a llevar la buena noticia a sus compañeros. Al

concluir la misa, se nos dice: “vayan en paz”. Se nos envía a compartir con los demás la paz que el Dios nos ha regalado. Se nos envía a dar testimonio de que Jesús resucitado “nos ha partido el pan”.

Después de la resurrección, los discípulos sentían la urgencia de ir a evangelizar. El Señor les advirtió que no se movieran de Jerusalén hasta que no recibieran el poder de lo alto, el poder del Espíritu Santo. En la Misa, el Señor, antes de decirnos: “Vayan”, como a los discípulos de Emaús, primero nos parte el Pan, nos alimenta con su Cuerpo y con su Sangre. Luego, cuando ya estamos llenos de su Espíritu, entonces, nos envía a llevar a todas partes su Evangelio. Pero no vamos solos; Jesús nos envía con el poder del Espíritu Santo a llevar la Palabra, a sanar enfermos, a expulsar espíritus malos. Todo esto es lo que hace el Espíritu Santo en nosotros durante la Eucaristía. Por eso al Espíritu Santo lo llamamos “El Dador de vida” y “El Alma de la Iglesia”.

